

Inmaterial en arquitectura (de la necesidad a la gratitud)

Texto: Prof. J. Antonio Arvizu V.
Imágenes: Arq. Ramón Aguilar Naranjo

Ciudadela de Lille, Lille, Francia.
Sébastien Le Prestre, Señor de Vauban, 1667-1670.



La última tentación de Cristo. Estados Unidos, 1988.
Dirección Martín Scorsese, Producción Barbara De Fina y Harry Ulfand

Un primer hombre **se irguió** y, desde **allí o echado a andar**, se figuró un lugar para mejor vivir.

Un primer arquitecto, con **pie firme pero flexible**, notó cómo podría establecer qué parte, **qué lugar**¹ sería *–no digamos apto, ni adecuado–* sino **idóneo** en sus afanes para **sobreponer su concepción al sitio**.

Este individuo advirtió un ideal, ideó una vista en la que **veía también algo que no estaba entonces frente a sí** y, en esto,

comenzó a dibujarse, a **“porcionarse” una razón exacta** (ratio), cuyo aspecto o apariencia se le presentaba mediante el **denuedo de su imaginación**.

Y este **dibujar**² apenas de su pensamiento, de alguna forma **“desbastaba” ya ese paisaje dado**, o lo “esculpía” en un **esbozo** para llegar a **comprender una abstracción del sitio**

¹ En latín: unde.

² Del francés antiguo: deboissier (bois = bosque).

y, simultáneamente, **señalar el terreno representándose con indicios de construcción**, o sea: estaba **destinando espacio** para hacérselo habitar.

En efecto, **diseñar** ha sido desde siempre una práctica de **trazo y diseño**, y en esto último tirando líneas, arrastrando el trazo oportuno, rasgando la naturaleza (como el labriego con su agrimensura que preludia barbecho, cultivo y cosecha); siempre, pues, **adelantando propósitos** en los linderos de una abstracción (y que, por constituir una exacción, un sacar desde los límites, suele dejarnos una impresión contrastante de alejamiento respecto a la realidad).

Así, el *horizonte físico* cercano hecho ya un *predio* por nuestras intenciones, acaba por segregarse de la mera naturaleza para venir a constituirse como reparto de propiedades en prenda y, el diseño, como caución anticipada de volúmenes por edificar –pero al que concederemos nuestro más entusiasta voto de confianza–.

Consideremos entonces la semántica de vocablos como *dibujo*, *boceto*, *bosquejo* e inclusive *búsqueda*; se trataba en general de rebajar las maderas para *trabajarlas*, *allanándolas* y, por este medio, *dar término a un plan*, de aquí que todas estas palabras apelan al simbolismo del **bosque**: esa empalizada original, un tanto intrincada o caótica, que nos insta a rectificaciones merced



Sainte Marie de La Tourette, Lyon, Francia.
Le Corbusier & Iannis Xenakis, 1956-1960.

a nuestra conveniencia, y que podrían aprovechar o ya de plano sustituir ese levantamiento natural.

El bosquejo busca, esto es, va al bosque *para obrar* allí un cambio que, como es de esperarse -pasado a las manos del arquitecto- primero **desbroza** el sitio para luego imponerle condiciones **edilicias** (no reducidas a la *construcción*, y que es preciso recordar que también se ligaba al *cuidado, la limpieza, el respeto, el ornato*, en fin, convocando *intervenciones dignas de honrar el anterior estatus del lugar electo*).

El desbroce, por supuesto, quita lo superfluo, lo confuso y torpe, empeñándose por permitir al menos una *comprensión* y un *acceso*.

El diseñador ya habría cepillado de toda maleza y espesura, despojo y desperdicio, al espacio real para trasuntarlo en uno virtual (lleno ahora de concepto e imagen, con todo y sus consecuentes expectativas de pronta ocupación y asiento).

Es esta necesidad de asentamiento lo que perfiló la **posibilidad que moráramos**, para que aconteciera de mejor forma nuestra vida (que es pasajera). Pero por más **efímera** que se quiera entender, **la arquitectura busca "hacernos el día"**, el "día a día" (y aquí quiero reconocer la afable capacidad de interpelación de nuestra maestra Dalia Milián, en cuya cátedra aflora esta acepción de lo efímero, que no desdeña sino restituye el valor edificante de la cotidianidad). Pues bien, **la disciplina arquitectónica proyecta las posibilidades de contar con sitios dispuestos para que todo suceda**. Desde entonces, **la vida difícilmente nos acaece sin lugar arquitectónico**.

La edificación como *espacio humano de estabilidad*, estaba concebido como *provisión de un centro hogareño presto a toda suerte de narraciones o vivencias*; allí sucedería nuestra existencia. Habría de ser marco de referencia o inmueble con accesorios para abrirse a **necesidades** en su significado netamente humano:



Ciudadela de Lille, Lille, Francia.
Sébastien Le Prestre, Señor de Vauban, 1667-1670.



Moradas Nemausus, Nîmes, Francia.
Jean Nouvel, 1987.



Centro de Servicio Social Pompeia, Sao Paulo, Brasil.
Lina Bo Bardi, 1977

reunión, hospedaje, convivencia, celebración, etc. Y por esto que comenzarán a asomarse requerimientos y esperanzas de otro orden que el solo material.

Y así como habitamos algún tiempo en nuestra madre, para después separarnos por un rompimiento del estricto lazo corporal y terminar por diferenciarnos de ella, así la **materia (madre, madera de aquel bosque rehabilitada)** se abre a su antónimo (lo inmaterial) como **quebranto** ("cascarón roto" por un impulso necesitado de una vida reconfigurada e independiente).

De esta manera entendido, **inmaterial** viene a ser **lo que nuestro físico guarnece...** y se entiende por qué desde las religiones se haya hecho escuchar aquello de que "el cuerpo es templo del espíritu"³.

Entonces no sólo pondremos techo levantado con puntales o paredes, sino que los vulneraremos para **inaugurar oquedades**

como "muros traslúcidos"⁴, bien significativos, ya sea para oearnos en una nueva dimensión anímica e incorpórea; y, si no, ¿para qué tener ventanas y puertas susceptibles de *abrirse*?

O ¿cómo ignorar que "bienvenir" al rayo de luz y a la brisa fresca señalen **un gusto superior equivalente a la espera entrante** de un nuevo huésped en turno? Y ¿por qué dejar tan altos los plafones sino para ocuparnos en que **hacer cabida al alma en ese preciso espacio que queremos y entendemos como ámbito**?

En la inteligencia de que ese "ámbito", por cierto, **licita y excita**

³ Espíritu: 1º Carta a los Corintios 6: 19-20. Y también cfr. lo que Vitruvio asienta en De Architectura cuando sugiere que los hombres podrían ejercer la arquitectura "desde la infancia", "alimentados por el conocimiento nutritivo de todas las artes", para llegar al "supremo templo de la arquitectura" [ad summum templum architecturae] (I, 1:11).

⁴ Cfr. en De Re Aedificatoria lo que Alberti sugiere acerca de parietes y apertio (Lib, I, cap. 2)



Catedral de San Pedro, Cologne, Alemania.
1248-1473, 1842-1880.

innumerables andanzas nuestras para airosamente *ir de uno a otro lado*, es que asumimos tal **habitáculo ya para entonces en calidad de *conjurado espacio emocional* de influencias que nos acogen y desatan.**

De forma similar es como podríamos aceptar que hasta el peor rincón, recoveco y cuchitril, funjan no pocas **ocasiones de recinto inopinado para momentos de resguardo espiritual** (etéreo y sutil⁵) de considerable **profundidad.**

Sumemos a esto la consideración sobre que **cualquier edificio puede devengar, aparte de un *espacio*, un *tiempo* asimismo tan preciso** que, juntos, llegan a confluír en esas experiencias valuadas como de ***fuero interno***, a saber, muy **cerca de afectos intangibles**

e inobjetivos; y cuya **contigüidad** queda **comprometida** por resultar imposible de transferir, sencillamente, por asumirse como cosa inmaterial... ¡y **gratificante!**

La *necesidad* es aquello que nos representa algo que de ningún modo es eludible, ni evitable, ni prescindible, y de aquí que se haya de **valorar su connotación de un rechazo en la negativa que lleva su significado** (*nesesse* se equipara a *lo que no se cede*,

⁵ Aquí se antoja recabar en los símiles con otros términos al propósito como atmósfera (como una esfera de vapor) y que resulta convergente a todas las apelaciones de lo inmaterial como aéreo, neumático, psíquico, esto es, “propio del alma” o espiritual (no “matérico”, ni siquiera corpuscular).



Cementerio La Igualada, Barcelona, España.
Enric Miralles & Carme Pinós, 1985-1994.



Ewha Universidad Femenil, Seúl, Corea del Sur.
Dominique Perrault, 2008.



Centro Municipal Säämätsalo, Säämätsalo, Finlandia.
Alvar Aalto, 1949-1952.

de lo que **uno no se retirará**), en este sentido, en vez de alejarnos, en general **nos allegamos al hecho arquitectónico**.

La *gratitud* (del indoeuropeo *gwere) denota una “alabanza en voz alta”⁶, por lo que nos reporta *gracia, agrado*, y todo lo que suponga un *favor inmerecido* (¿y quién se merece un edificio!? o ¿cómo no asentir que por lo menos las obras maestras de la arquitectura no *valen* lo que *cuestan*?, queda expreso en que su margen de gratuidad sobrepuja toda tasa material). Es de este modo como insinuamos que el edificio es *expresivo por su levantamiento* y que *llega a alzarse en grandiosidad incluso por encima de su mera construcción*, precisamente, en su condición de “obra de gratitud”.

Con el diseño arquitectónico sobrevienen **parajes que nos flanquean**⁷.

⁶ Para esta y otras etimologías, consúltese muy en particular las autorizadas anotaciones de la maestra Elena Pingarrón (Helena en el sitio): <http://etimologias.dechile.net/?etimologia>

⁷ Cfr. su origen franco-germano (flanc y hlanca, respectivamente) como “cadera”, y esta palabra proveniente en una instancia anterior del griego ■ (“de arriba abajo”) ■ (superficie sobre la que algo se puede asentar), o sea, plano susceptible de volumen...¡el diseño arquitectónico!; todo remitiendo a la raíz indoeuropea *sed (“sentarse”), de la que derivan -en una semántica muy persuasiva a nuestra causa-: ser, poliedro, catedral, sede, residencia, deseo, silla.



Catedral de San Pedro, Cologne, Alemania.
1248-1473, 1842-1880.